

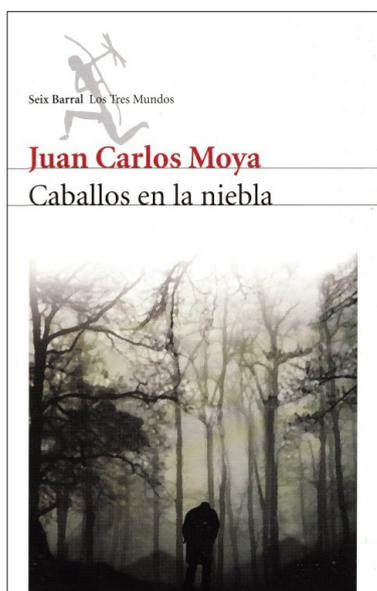
# RESEÑA

## Caballos en la niebla

Juan Carlos Moya

Editorial: Planeta (Seix Barral)

Año: 2014, 154 páginas



Hace mucho se decidió que escapar de la ciudad para refugiarse en el campo era tan solo un ideal romántico, que desear estar rodeado de la naturaleza era un asunto en desuso, como si la ciudad ofreciera un maravilloso mundo de posibilidades. Bueno, eso fue mientras el progreso fue una novedad. Desde hace mucho, sin embargo, el desarrollo de las ciudades se convirtió en un irremediable colapso en donde todos sus habitantes esperan con monotonía el fin de sus días. Si aquellos románticos de antaño se sintieron asfixiados en su época, no tienen idea de lo que son las ciudades ahora.

La visión de alejarse de la «civilización» resurge como una prometedora posibilidad, sobre todo si se ha tenido la oportunidad de ausentarse de ella por algunos días y se experimenta, a la hora del retomo, la melancolía, producto de la conciencia de que vivir en la urbe se ha vuelto un asunto insostenible. Entonces, algunos novelistas se aventuran a buscar en verdes parajes lo que el grisáceo panorama de concreto ha opacado bajo su artificialidad: la vulnerabilidad del ser humano ante lo infinito del universo.

Así surgen novelas como *Caballos en la niebla*.

Nos encontramos con Lucas, un hombre solitario destruido física y psicológicamente que decide irse a trabajar como guardabosques, un cargo que solo es pretexto para buscar el amparo entre los bosques y páramos del Ecuador. Sin embargo, su anterior estilo de vida ciudadano ya ha hecho estragos. Es demasiado tarde para librarse de la alienación: la ciudad lo persigue en sus recuerdos y el verdor de aquellos escenarios lejanos no pueden sanarlo. Allí, en su cabaña y acompañado de su fiel perro Apache, debe enfrentarse consigo mismo, con sus fantasmas y sus dolencias. Paralelamente, otros personajes aparecen y convergen en el transcurrir de sus días: tres asesinos que escapan por las montañas, un árabe que vende cachivaches en una motocicleta y un inquietante doctor refugiado

en las faldas de un volcán son los que le ayudarán a tomar sus decisiones sobre el dolor, la soledad y la muerte.

Esta es una historia corta, ajustada a los días y llena de suspenso, fácilmente inscrita en los géneros que la ciudad parió, como la novela negra y el thriller, pero llevada a un escenario ajeno a ellos.

La extrañeza que provoca esta especie de extrapolación es evidente cuando le preguntan al autor si le interesa explorar la ciudad al ser esta el escenario actual de la literatura. Juan Carlos Moya responde de manera categórica: «No me interesa qué pasa con la literatura actual, ni a dónde va. No soy una editorial; soy un escritor. Hago mi faena sin preocuparme por las tendencias, vanguardias, modas, exigencias del mercado o cualquier otra “gracia del mundo moderno”. Y antes que las ciudades, me interesan los animales, los páramos, las islas, los sótanos, los bosques, los aislados: sus emociones, su mundo interior, su conciencia.»

Decisiones como esta demuestran que ir en busca de la naturaleza no es solo un pensamiento romántico, sino una necesidad que sobrevive todavía en los espíritus. Las historias son de donde son. Además, puede que la postura del autor parezca contestataria ante la conciencia editorial y mercantil de los autores actuales, pero, consciente o inconscientemente, es una decisión muy inteligente para llamar la atención del lector sobre su obra: estos géneros de suspenso ya resultan cansinos hablando de asesinos y de los callejones en los que acechan. Volver a los orígenes ofrece nuevamente una nueva perspectiva para contar historias. En este caso, historias para enfrentarnos de frente con el miedo.

La ciudad alberga sus propios terrores. Nos sentimos amenazados al salir de la casa todos los días. Sin embargo, estos terrores se han objetivado tanto que somos indiferentes a ellos. El temor que despiertan en nosotros es trivial, básico, desprovisto de encanto y trascendencia. No queremos resultar heridos o muertos. Es un temor instintivo, animal, que no satisface la superioridad intelectual que nos diferencia del resto de criaturas. La ciudad no permite la posibilidad de reflexionar sobre nuestros miedos porque está llena de estímulos que nos impiden estar un momento a solas con nosotros mismos. La soledad es abolida por la radio, la televisión o la internet. ¿Por qué tememos esos ratos de aislamiento? ¿Cuál es el misterio que encierra la convivencia con nuestros pensamientos? La respuesta es fácil: la búsqueda desesperada de una verdad a la cual aferramos y que nos libre de la incertidumbre que genera la reflexión, que nos dibuje un universo sólido de fácil aprehensión, cosa imposible. Queremos creer en Dios porque nos reafirma la idea de la vida después de la muerte, pues la no-existencia nos resulta demasiado aterradora. Que alguien nos explique el mundo con sencillez es más fácil que tratar de descifrarlo nosotros mismos. Y a eso le tememos, pues podemos mentirle a todos, menos a nosotros mismos.

Juan Carlos Moya recupera la incommensurable facultad de la naturaleza para reducir a Lucas y sus otros personajes como pequeñas entidades, insignificantes ante el universo, y así escarbar en ellos, invitarlos a cuestionarse sobre su existencia y sus motivaciones para continuar con sus vidas. Al ser

su primera novela, se evidencian algunos fallos en la estructura y presentación de los personajes. Si bien estos son interesantes, el entusiasmo creativo del autor parece reposar más sobre la figura de Lucas —sin duda, el soporte de la historia—, dejando a los otros en apariciones menos impactantes, descritas con ligereza, como si quisiera volver con desespero a su mejor dibujado personaje principal, cosa que juegan de manera negativa a la hora de potenciar el suspenso que propone con la convergencia de historias. Sin embargo, la reflexión que despierta en el lector sobre los lugares comunes y el cómo hemos abandonado deliberadamente la naturaleza en la literatura hacen de *Caballos en la niebla* una lectura interesante y que promete nuevas historias, de la mano del escritor ecuatoriano, que acudan a elementos tradicionales para presentarlos con una nueva cara.

Mauricio Vargas Herrera